

(1)

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

estaba (al cual advirtieron que no dijese que conocía al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir a ser emperador su amo), puesto que ni el cura ni Cardenio ~~había tenido~~ quisieron ir con ellos, porque no se le acordase a don Quijote la pendencia que con Cardenio había tenido, y el cura, porque no era menester por entonces su presencia, y, así, los dejaron ir adelante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea; a lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron a don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vio y fue informada de Sancho que aquel era don Quijote, dio del azote^m a su palafreñ, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto a él, el escudero se arrojó de la mula y fue a tomar en los brazos a Dorotea, la cual, apeándose

2

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

con grande desenvoltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le habló en esta guisa:

- De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más consolada y agravada doncella que el sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a la sin ventura que de tan lueñas tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

- No os responderé palabra, famosa señora - respondió don Quijote -, ni oiré más cosas de vuestra facienda, fasta que vos levanteis de tierra.

- No, me levantaré, señor - respondió la afligida doncella -, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

- Yo vos le otorgo y concedo - respondió don Quijote -, como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

- No será en daño ni en mengua de lo que decís, mi buen señor - replicó la dolerosa doncella.

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

Y estando en esto ~~se~~ llegó Sancho Panza al oído de su señor y muy posito le dijo:

- Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada: sólo es matar a un gigante, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomición de Etiopía.

- Sea quien fuere - respondió don Quijote - que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

Y volviéndose a la doncella dijo:

- La vuestra gran hermosura se levante, que yo le otorgo el don que pe dirme quisieré.

- Pues el que pido es - dijo la doncella - que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevaré y me prometa que no se ha de enterremeter en esta aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traídor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

- Digo que así lo otorgo - respondió don Quijote -; y, así, podéis, señora, desde hoy mas desechar la melancolía que os fatiga y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestras desmayada esperanza, que, con ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis puesto vestida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

estado, a pesar y a despecho de los felleos que con-
tradecirlo quisieren. Y manos a labor, que en la tardanza
dicen que suele estar el peligro.

La menestrosa doncella pugnó con mucha porfía
por besarle las manos; mas don Quijote, que en todo era
comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la
hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedi-
miento, y mandó a Sancho que requiriese las cinchas a
Rocante y le asemase luego al punto. Sancho descolgó
las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban penderas,
y, requiriendo las cinchas, en un punto armó a su señor; el
cual, viéndose armado, dijo:

- Vamos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer
esta gran señora.

Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran
cuenta de disminuir la rica y de que no se le cayese
la barba, con cuya caída quizá quedarían todos en con-
seguir su buena intención; y viendo que ya el don está-
ba concedido y con la diligencia que don Quijote se alistaba
para ir a cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano
a su señora, y entre los dos subieron a la mula. luego
subió don Quijote sobre Rocante, y el barbero se acomodó
en su cabalgadura, quedándose Sancho a pie, donde de
nuevo se le renovó la pérdida del rucio, con la falta que

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

entonces le hacía; más todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy a pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y pensaba que ser por lo menos rey de Micomicoñ: sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros; a lo cual y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y dijo a sí mismo: - ¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? ¡No, sino dormitos, y no tendrás ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pasas! Por Dios que los he de volar, chico con grande, o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos. ¡Llegaos, que me mamo el dedo!

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se ~~hacía~~ olvidaba la pesadumbre de caminar a pie.

Todo esto miraban de entre unas buenas Pandemio y el cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que le habían para conseguir lo que deseaban, y fue que con unas tiseras que trataba en un estuche

6

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

Quitó con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón; y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera aunque a un espejo o se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disgustaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de a caballo como los de pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y así como salió de ella don Quijote y sus camaradas, el cura se lo puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se puso a él abiertos los brazos y diciendo a voces: Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota don Quijote de la Mancha, la gloria y la nata de la gentileza, el amparo y remedio

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes.

Y diciendo esto tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda a don Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer a aquel hombre, se le puso a mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consentió, por lo cual don Quijote decía:

-Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté a caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté a pie.

-Eso no consentiré yo en ningún modo -dijo el cura-: estese la vuestra grandera a caballo, pues estando a caballo acaba las mayores hazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que a mí, aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de una de estas mulas de estas mulas de estos reñores que en vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso o sobre la cebra o alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora nace encantado en la gran cueva Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

-Aun no caía yo en tento, mi señor licenciado -respondió

8

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

don Quijote-, y yo sé que mi señora la princesa será servida, por mi amor, de mandar a su escudero de a vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ascas, si es que ella las sufre.

- Sú sufre, a lo que yo creo - respondió la princesa -, y también sé que no será menester mandar solo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya a pie, pudiendo ir a caballo.

- Así es - respondió el barbero.

Y apareándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar, y fue el mal que al subir a las ascas el barbero, la mula, que en efecto era de alquilar - que para decir que era mala esto basta -, alzó un poco los cuartos traseros y dio dos coces en el aire, que en darlas en el pecho de narese Nicolás, o en la cabeza, él dió la vuelta por don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo; y como se vio estrellas,

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

no tuvo otro remedio sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos y a quejarse que le habían derribado las muelas. Don Quijote, como vio todo aquel mazo de barbas, sin guijadas y sin sangre, lejos del rostro del escudero caído, dijo:

- ¡Vive Dios que es gran milagro éste! ¡Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta!

El cura, que vio el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego a las barbas y fuese con ellas adonde yacía maese Nicolás dando aún voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza a su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado apropiado para pegar barbas, como lo verían; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró don Quijote sobremedida, y rogó al cura que cuandooviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud a más que pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro que donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llegada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, a más que barbas aprovechaba.

- Así es - dijo el cura, y prometió de enseñarle en la primera ocasión.

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

Concertáronse que por entonces subiese el cura, y a trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen a la venta, que estaría hasta dos leguas de allí. Puestos los tres a caballo, es a saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres a pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo a la doncella:

-Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere.

Y antes que ella respondiese dijo el licenciado:

-¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría?
¿Es por ventura hacia el de Micomicón? Que sí debe de ser, o yo sé poco de reinos.

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí y así, dijo:

-Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

-Si así es - dijo el cura -, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, próspero, mas tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a vista de la gran laguna Meorra, digo, Meótides, que está a poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza. -Vuestra merced está engañado, señor mío - dijo ella - porque no ha dos

(11)

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado a ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron a buscarle, encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

- No más: cesen mis alabanzas - dijo a esta sazón don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mía, que, ora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio, hasta perder la vida; y, así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo y tan sin criados y tan a la ligera, que pone espanto.

- A eso yo responderé con brevedad

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

-respondió el cura-, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y muese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que un pariente mío que ha muchos años que pasó a Indias me había enviado, y no tan pocos que no pasan de setenta mil pesas ensagados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun a este mancebo que aquí va -señalando a Cardenio- le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unas galeotes que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que a pesar del comisario y de las guardas los soltó a todos; y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, o debe de ser tan grande bellaco como ellos, o algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso saltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel; quiso dejudicar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar a los galeras sus pies, poner en alboroto a la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se cure su cuerpo.

Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía o decía don Quijote; al cual se le mudaba la color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

- Éstos, pues - dijo el cura -, fueron los que nos robaron. Que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

14

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO



CAPÍTULO XXX

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habra puesto

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo:

- Pues, miña fe, señor licenciado, el que hizo esa gazaña fue mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimas bellacas.

- Majadero - dijo a esta sazón don Quijote -, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de adreque de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido: y esto le haré conocer con mi espalda, donde más largamente se contiene, y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, elevaba colgado del arzón delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el meiguado humor de don Quijote y que todos hacían burla de él, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos y, viéndole tan enojado, le dijo:

- Señor caballero, mímbresere a la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme a él no quede estremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invidio brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecto de vuestra merced redundara.

- Eso juro yo bien - dijo el cura -, y aun me hubiera quitado un bigote.

- Yo callaré, señora mía - dijo don Quijote -, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré quieto y